

Director: *José María Estevan*



JOSÉ MESEJO

SUSCRIPCIÓN Y VENTA

Provincias, trimestre.	2,50 pts.
Idem semestre.....	4,50 »
Ultramar y Extran-	
jero, semestre....	7,00 »
Número corriente....	0,15 »
Idem atrasado.....	0,25 »

OFICINAS

San Marcos, 30, 32, 34

TÉLEFONO 213

— MADRID —

Lit. Hijos de González, Cuva, 7.
(telef. 547)

SUMARIO

TEXTO: Cosas de la semana, por Lustonó.—Invierno, por Catari-neu.—Una visita, por Val.—Enriqueta, por Alcaráz.—Novio oficial, por Estevan.—Esplin, por Sancho.—Consulta, por Felices Andójar.—Suelos y atados.—Comunicaciones.—Anuncios.
GRABADOS: Retrato de José Mesejo y Galería artística, por Ce-brian.—Baños, por Cilla.—Madrileñerías, por Pons.

COSAS DE LA SEMANA

La nota más saliente es la ascensión de la Reina en el globo cautivo que ha fabricado el batallón de Telégrafos para hacer sus experiencias científicas.

La Casa de Campo se ve todas las tardes visitada por una numerosa y distinguida concurrencia compuesta en su mayoría de las principales damas de la corte, que acude con el exclusivo objeto de presenciar de cerca las operaciones de ascenso ó descenso del aerostato.

La Infanta doña Isabel, la marquesa de Nájera é infinidad de jefes y oficiales de Ingenieros se han elevado hasta 400 metros de altura, gozando de las emociones que produce por primera vez una ascensión aérea.

A propósito de estas expediciones, me dijo la otra tarde un amigo:

—Hombre, estoy deseando que se descubra la manera de dar dirección á los globos.

—¿Por qué?

—Porque en Madrid ya no se puede andar tranquilo; en cada calle se encuentra uno media docena de ingleses.

—Poco adelantarias.

—¿Por qué?

—Porque á los cuatro días de navegar por el aire, tendrías un inglés en cada globo.

La popular *Correspondencia* nos anunció el lunes que los concejales madrileños tienen horror al arbolado.

Solo así se comprende que hayan sido cortados varios olmos de gran frondosidad y corpulencia que existían en el paseo de la Castellana.

Pero el martes, la misma *Correspondencia* aseguró que la corta se había reducido á cuatro olmos viejos y muertos, añadiendo:

«El Ayuntamiento estima y comprende cuánto es beneficioso á la salud del vecindario el del arbolado, y tiene esmero especial en su fomento.»

Para probarlo, bien podía el municipio hacer pública la inversión dada á los doce mil duros que le entregó el difunto marqués de Urquijo con el expresado objeto.

La exposición-manía es una enfermedad contagiosa.

Nadie se libra de ella.

Abro un periódico, y me habla de la Exposición; tomo café, y oigo al vecino que piensa ir á la Exposición; pregunto si está enfermo un amigo á quien hace días no veo, y me anuncian que se ha marchado á la Exposición; me acerco á una muchacha de buen palmito, y sabe Dios á lo que me expongo yo ó ella.

Esto es una fiebre, una pesadilla.

Láminas de la Exposición, correspondencias sobre la Exposición, figuras, descripciones, emblemas. ¡Tengo la cabeza como una olla de grillos!

¡Señor del cielo y de la tierra! ¡Aparta de la mente y de la boca de los hombres la palabra exposición así como de las planas de los periódicos ilustrados los grabaditos sobre el mismo tema!

No hay hombre que coma un mes seguido pichón asado, y quieren que comamos lo que resta de año exposición, por mañana, tarde y noche.

495.683 personas han visitado la Exposición de París durante la última semana, pagando á un franco el billete.

¡Ay! Yo hubiera recibido todas esas visitas á mitad de precio.

En la plana de anuncios de algunos periódicos de París se hace saber á las señoras que van á visitar la Exposición, que madame X... es una gran profesora de partos.

Y pregunto yo:

—Pues qué ¡las señoras que van á la Exposición, van á París ó á París?

Está visto que las mujeres hacen ahora el gasto. Una joven fué conducida el otro día al juzgado de guardia, acusada de haber mal herido á una amiga por cuestión de celos.

El martes huyó con su novio una joven de 16 años.

El jueves intentó suicidarse con fósforos otra joven.

¡Hijas de mi alma! ¡Y qué revuelto anda el cotarro!

Los periódicos son los órganos de la publicidad.

¿Es cierto ó no es cierto?

Por si acaso lo es, voy á publicar la siguiente carta que encotré la otra noche en Recoletos.

Dice de esta manera:

«Juan: Eres un ingarto que no me quieles ni mas que río nunca. Mi mamá está enfelma y saves que por eso sargo. Bien podías venir á vernoss. Aller estubo á belmar el quñado de la Guillelma y nos digo que teabía Visto en el teato del precipe Alfonso la Otra noche con unas señoras dime quien eran aqueyas señoras por Dios. Yo pensaba que tefonarias mas intere por mí y que no abia de Pasar tres dia sin belme á mi pero mee gouvensio de que no eles lo que elas el año pasao pala mí y que teas olvidado de too. Adios y que seas felis y no me des este Tolmento que me tiene deligada ha papa lean degao sesante. Estamos mui disgustaas por eso lla losaves, aDios y na ponde sel mas larga tu

Concha.»

Los días de moda en el circo del Principe Alfonso son los miércoles y sábados.

En el Hipódromo el día de moda es el jueves.

Ahora parece que se trata de emplear los demás días del modo siguiente:

Lunes, día de moda para bostezar.

Martes, día de ir á ver por dónde andan escondidas un par de pesetas.

Viernes, día de ayuno.

Domingo, moda general. A pedir limosna.

De este modo, la moda irá acostumbrando á muchos á vivir de algo.

De una revista de salones:

«La joven marquesa de G*** y su hermana, vestidas de rosa y sin otro adorno que guirnalda de rosas, que parecen tegidas por manos de hadas para coronar sus hermosos rostros; la señora de C*** con esa distinción que se en ella rasgo característico, lucía un traje en que se combinaban el verde claro y el verde oscuro, y un espléndido sol de brillantes iluminaba la noche de su negra cabellera; la marquesa de S*** deslumbraba; vestía de negro y plata, una diadema de rosas de brillantes sobre una cinta también de brillantes, un hilo de las mismas piedras iba á perderse en la cintura, junto á un broche suabioso digno de una soberana.»

Aquí de la muletilla de Frontaura.

Párrafos como este, no necesitan comentarios.

Ultima hora.

Continúan las bodas al por mayor.

No quiero citar nombres, pero tengan presente algunos de los futuros cónyuges, esta frase de un célebre escritor:

«El viejo que se casa con una joven, debe esperar lo mejor, pero la joven que se casa con un viejo, no debe esperar nada.»

E. DE LUSTONÓ.

INVIERNO

¡Te adoro! Tus ojos azules serán mi mayor embeleso; son miel tus palabras, tu pura sonrisa la aurora de un beso.

Te adoro, más ¡ay, vida mía! á veces mi loco entusiasmo parece un cantar de los cielos, y á veces parece un sarcasmo.

Tu amor, que se aleja y que vuelve, igual que los nuevos sectarios hoy hace más largas mis horas; desprecian los ídolos viejos.
 te adoro si tú me desprecias, Yo intento alegrías soñadas,
 te sé despreciar si me adoras, y paso en silencio mis penas,
 ¡No sé lo que siento, bien mío! y siento al sufrir tus desdenes
 Yo robo á la vez en tus besos la sangre quemarse en mis venas.
 un fuego que abrasa mi alma Y luego, si un rayo ligero
 y un frío que hiela mis huesos. tu pecho dulcísimo toca,
 En vano, al rujir mis tormentas, si besas con fuego mis labios,
 persigo mis sueños de calma; parece de nieve tu boca...
 la luz de los sueños, que arroja ¡Ya reina el invierno terrible!
 las pálidas sombras del alma. ¡Ya siento en el pecho un vacío!...
 Del sol de mi amor infinito ¡Qué sombra! ¡Qué frío tan seco!
 desprecias los áureos reflejos, ¡Qué noches tan largas, Dios mío!

RICARDO J. CATARINEU.

UNA VISITA

¡Tín!... ¡tín!...
 —¿Quién?
 —Un servidor.
 Dígame usted, ¿está en casa doña Petra?
 —No, ha salido.
 Pase usted.
 —Bueno, pues haga el favor de decir que un caballero de Málaga trae para ella un encarguito.
 —Que pase usted á la sala y espere cinco minutos, porque está muy ocupada.
 —Que, por mí, no se moleste. No tengo prisa.
 —No tarda.
 —Las visitas de cumplido me revientan y me cargan. Y si esta buena señora ahora me tiene esperándola tres horitas, me he lucido.
 Ya viene, se oyen pisadas.
 —Caballero.
 —Señorita.
 —¡Señora!
 —(Metí la pata.)
 —Dígame usted, ¿a qué debo la honra de verle en mi casa?
 —El honorado to soy yo estando aquí.
 —Muchas gracias.
 —Ya le habrá dicho la chica que yo he venido de Málaga.
 —Co.ozco allí á las Gutiérrez, personas muy elevadas. Pagan muy bien.
 —(No comprendo qué cosa es lo que la pagan.)
 Me envían las de Rodríguez.
 —(¿Quiénes serán?)
 —Y me encargan le haga una visita á usted.
 —(Una visita, ¡qué ganga!)
 ¿Y le han dado las medidas?
 —No, señora. (¿De que me habla?)
 —Diga usted, ¿es delgada ó gruesa?
 —¿Quién?
 —La persona que encarga la visita.
 —Es regular.
 (Esta señora está mala.
 ¿A qué viene esa pregunta?)
 —Y diga usted, ¿es alta ó baja?
 —Alta. (Lo dicho, está loca, pero loca ramatada.)
 —Voy a llamar á las chicas.
 —¿Qué chicas?
 —En cuanto salgan, elige usted la que tenga más parecida la facha y estatura, con la que hace el encargo.
 —(Estoy en Bábía.)
 —Si quisiera usted explicarme...
 —¡Señoritas, á la sala!
 —¿Qué es lo que hace usted, señora?
 —Llamar á las oficiales.
 —Pero ¿usted es modista?
 —Justo;
 modista de la Real cámara.
 —Señora, lo siento tanto,

pero esto ha sido una mala inteligencia; yo busco á doña Petra Ruiz Palma.
 —En el segundo derecha.
 —¡Pues me he tirado una plancha! Dispense usted el mal rato.
 —Eso á cualquiera le pasa.
 —A los pies de usted, señora.
 —Beso á usted la mano.

—Gracias

EMILIO DEL VAL.

ENRIQUETA

Por sus bellas cualidades, por su gracia y su belleza, era querida de todos los vecinos de la aldea, y por todos respetada la bellísima Enriqueta. Los pobres la bendecían al verla alegre y risueña, dar limosnas y consuelos en sus humildes viviendas, y al alejarse, ondulando su airoso talle de reina, emocionados decían: ¡Es una santa en la tierra! Pero un día cesó todo; su vocación por la iglesia la hizo abandonar su casa y trocirla por la celda. En vano fueron las súplicas de su pobre madre enferma; le inspiraba horror el mundo, su vocación era inmensa, y al fin profesó en el claustro

y se llamó Sor Teresa. Los pobres, que dulce apoyo siempre encontraron en ella, escuchando el *De profundis*, y viendo sus rubias trenzas rodar al suelo del templo cortadas por las tijeras, y ocultarse para siempre su faz detrás de la reja, emocionados decían: ¡Es una santa en la tierra! Pero yo, que no olvidaba los tiempos en que risueña daba limosna y consuelo en las humildes viviendas, y morir de pesadumbre vi á su pobre madre enferma, aunque quise, no sentía compasión por Sor Teresa, y en cambio al ver el convento ¡lloraba por Enriqueta!

LUIS ALCARÁZ.

EL MATRIMONIO

IX

NOVIO OFICIAL

Los miércoles son días aciagos para mi buen amigo y compañero Emilio del Val.

En miércoles empezó á escribir para el público; en miércoles consiguió el *si* de cuantas le obligaron á pasar la mano suavemente á las ilusiones; en miércoles jugó á la lotería con ocho de los nueve amigos con quienes se reúne en Fornos, y únicamente obtuvo premio el que no había jugado con él; en miércoles y en noche oscura como boca de lobo ó de cualquiera otro animal, pasó por la calle del Sombrerete, vió asomada á un balcón á una persona, creyó que era una joven de las de botitas altas, apretado corsé, buen palmito y *modistil* travesura, y subiéndose los lentes y diciendo para sí ¡ay, qué rica! empezó á mirarla como mira el hambriento el escaparate de Lardhy. Después... ¡Qué desengaño, cuerpo de Cristo! La persona en cuestión era un lego que había venido á confesarse con el Nuncio apostólico...

Pensando estaba yo en esas y otras parecidas cosas el miércoles 26 del pasado, cuando Emilio del Val, más contento que unas pascuas, saltó á la redacción y dijo entregándome unos papeles:

—¡El artículo! Estoy seguro de que te gustarán los últimos párrafos.

—¿Cuándo lo has escrito?

—Hoy.

—¿Hoy?.. ¿Sabías que hoy es miércoles?

—No, chico—añadió encogiéndose de hombros

—Voy á leerlo; pero si no me gusta...

—Si no te gusta,
 le prendes fuego,
 y las cenizas
 echas al viento.

El artículo me gustó mucho. Las incorrecciones y el miércoles habían podido menos que la gracia de Val, su talento y la extrema facilidad con que hace cómicos onaires. Se ha reconciliado el miércoles con él, me dije á mi mismo; pero inmediatamente cambié de opinión al leer las siguientes líneas:

«Pero esto pertenece al próximo capítulo, que espero lo hará mi buen amigo el simpático director de este semanario, D. José María Estevan.



Si los baños abren el apetito, ¡que se bañe el Nuncio!



Pierda usted el miedo, señorita; los cangrejos no hacen daño. Suelen dar picotacillos y hacer coquillas; pero nunca se meten en otras cosas.



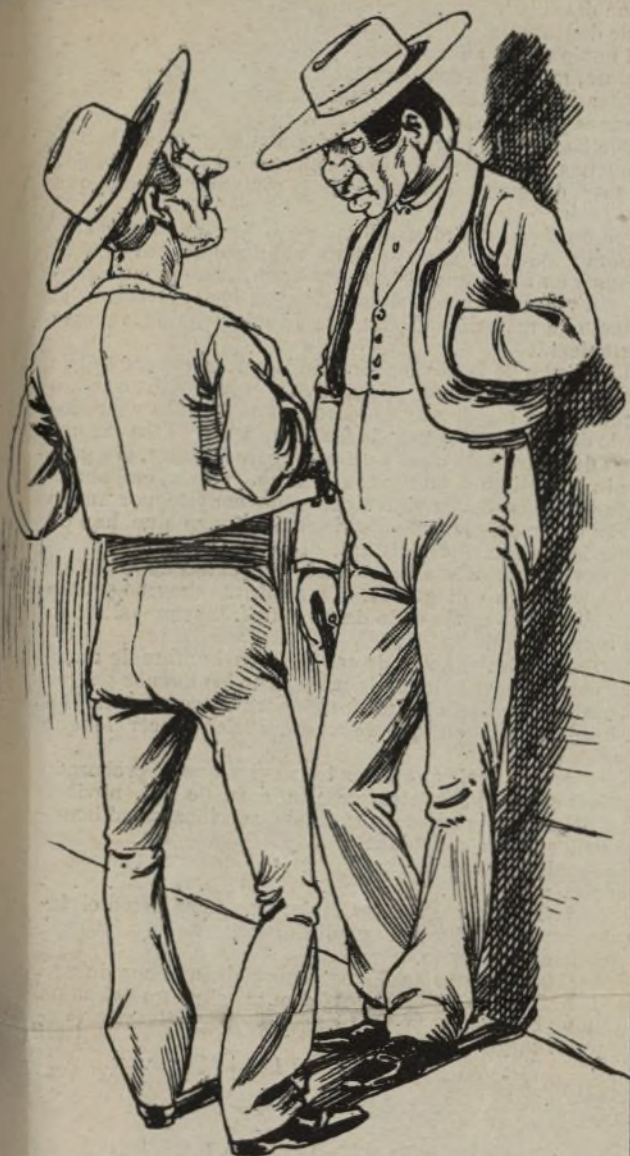
¡Qué buena ocasión para ensayar el triple salto mortal y beber una copita de triple anís!



No se ha averiguado qué quiere decir éste.



¡Imposible, Carlos! Ya sabes que mamá me ha prohibido nadar debajo del agua.



Es que á mí, á puños y vergüenza no me gana ese mata caracoles. Ya sabe él que yo solo me lavo las manos en el morrillo de los toros.



Pobre Alejandra! En este banco me dió el primer beso de amor y me pidió cinco duros..... ¡Pero con qué inocencia! ¡Con cuánta inocencia!



Hace media hora te dije que ensillaras. Han pasado más de treinta minutos y aún estoy sin ensillar.



Diga usted, joven, ¿se quíe usted quedar conmigo?

»¡Anda, Pepín! Tú que eres hombre machucho y solterón empedernido, debes de estar muy versado en esta materia.

»¡Ah! Dispensa la molestia que te ocasiono, y en último caso, échale la culpa á Larrubiera.»

—¿Son estos párrafos los que habian de gustarme, pícaro Val?

—Los mismos que no visten ni calzan.

—Pero, hombre de Dios ¿soy acaso novio oficial ú *oficial de novio*? Por todos los santos que se celebran en lunes, martes, jueves, viernes, sábado y domingo, te suplico que no vuelvas á escribir en miércoles.

—Y yo te complaceré
doblemente, pues te digo
que á tu súplica uniré,
la de todo buen amigo
que mal con tal día esté.

—¿Qué feo es el último verso! Y aunque no lo sea, lo indudable es que te debo el favor de hablar de lo que no entiendo.

—¿Cuándo escribirás el artículo?

—No sé; ahora voy á estudiar este problema: dadas las cualidades y obligaciones de Val, conseguir que no haga en miércoles sino las cosas precisas.

—«Cúbrome, pues, y me siento»

El problema era de fácil resolución; pero ¿y el otro, el del novio, el que me presentaba como principal enemigo de mi sosiego á Larrubiera y Crespo, ese mozo travieso, enredador, listo, alto y estrecho de cuerpo y de carita avellanada y bobalicona?

En fin, como me inquietaba el deseo de salir cuanto antes del apuro, resolví el primer problema como Val sabe, y el segundo como verán ó podrán ver los que tienen la buena costumbre, que Dios conserve, de comprar y leer este periódico.

Novio oficial es el prójimo que á ciertas horas puede entrar como Pedro por su casa, en la de la novia.

Esta definición podría ser mucho mejor; pero como comprende á todos los novios oficiales, conviene que se adopte mientras no haya otra que describa con más concisión y propiedad á esas víctimas de innumerables novias, señores padres, papás, papás y papaitos.

A tres clases pueden reducirse los novios oficiales: *embolados*, *sosegados* y *adelantados*.

El novio oficial embolado suele ser más tonto que Píchote.

El amor produce en él efectos semejantes á los del alcohol amílico, y así no es raro que en casa de la novia, desde ésta hasta el más lejano pariente, y desde la primera doncella hasta la portera, todos se burlen de él á hurtadillas, le den bromas que pasan de castaño oscuro, le hablen de felicidad que no se ha hecho para él, y le saquen los cuartos mostrándole directa é indirectamente la conveniencia de obsequiar á cuantos viven en la casa ó la frecuentan. En suma, y empleando castiza frase, debe decirse que cuantos saben del noviazgo se dan á freirselá al pobre novio.

El embolado acompaña á misa á la novia y á su futura suegra, y cuando ve donde se han puesto, se coloca entre los hombres y no cesa de suspirar, de moverse como si estuviera lleno de pulgas, y de mirar alternativamente la parte posterior del sacerdote y la anterior de la novia.

Aquellos ojos que de cuando en cuando ella en él clava, aquel duro pechito que levantan vigorosamente los jóvenes pulmones, aquella sonrisa, espejo de la inocencia y la hermosura... ¡Cuántas, cuántas cosas apartan de la devoción y del recogimiento al novio!

Los gestos y ademanes que hacen los padres de la novia son los resortes que más le mueven. ¿Señala la mamá una silla? El novio salta y se la lleva. ¿Da ella vueltas como quien busca una cosa? El la imita y le dirige humildemente preguntas y preguntas.

Así, no debe sorprender que un embolado, á quien conocí en Sevilla, intentara rascar en una pantorrilla á su futura suegra, al ver que ella puso rápidamente una mano en tan enorme parte.

Por cuanto acabo de decir se deja conocer que el novio oficial embolado se parece al *oficial de novio*, y que es tímido, obediente, casto y á propósito para dar al traste cuanto pueda romper la cadena que ha de sujetarle.

Del novio oficial sosegado, poco hay que decir, porque carece de fisonomía propia. Sujeta sus decisiones amorosas á las exigencias sociales, y se case ó no se case, proce-

de con dignidad, con pulso, como proceden otros en asuntos de distinta índole.

El novio oficial adelantado... ¡valiente mozo! Hablador, gracioso, maleante, más embustero que la *Gaceta* y capaz de tutear á Dios hablando ó escribiendo en prosa, no sufre ancas y es constante enemigo del sosiego de la novia.

¡Qué fácilmente engaña á sus futuros suegros, alabando las buenas cualidades que ellos tienen ó creen que tienen, riéndose de sus menores chistes y pintando la dicha que le aguarda!

Y la novia ¡es clara! atraída por el imán de tan seductor *labia* y siempre expuesta al atrevimiento del novio, suele pensar en cosas que olvidan los *veteranos* del matrimonio, y á veces siente en las mejillas, la boca, etcétera, el contacto de materia ardiente que exhala cálidos vapores ¡Y gracias!...

Si la madre de la novia cobra viudedad, se encarga él de recoger mensualmente los cuartos, y como sabe que eso de convidar á los demás proporciona amistades y ocasiones de darse *pisto*, se vale de los periodistas, de los empresarios de teatro y de otras personas, para distraer, sin gastar ni un céntimo, á su futura familia, y ésta, embobada por las gracias del novio, tiene cada convite por nueva prueba de amor, por nueva chispa del fuego que han de avivar las bendiciones del cura.

El novio oficial adelantado suele ser causa de multitud de compromisos y disgustos, si sus futuros suegros son de nariz larga y la novia dista de ser *frígida*. Si son así, pueden tener camilla.

En resolución, el novio de esa clase es hombre de mundo y, como el sosegado, de la madera de los buenos padres de familia; que hasta los mozos más traviesos, si son listos, desde el día en que se casan suelen hacer lo que deben.

Excusado es decir que todos los novios que he procurado describir comen frecuentemente en casa de sus novias, y son obsequiados como quien ha de sacrificarse en beneficio de los que le convidan.

He concluido.

—Señor D. Vicente Bás y Cortés: ¿me hace usted el favor de escribir el siguiente capítulo?

—Con mucho gusto.

—Muchísimas gracias. Estoy seguro de que no deberá usad decir, hablando de su artículo, lo que digo del mío, imitando al periódico *El Cero*: es malo, pero tiene la ventaja de ser largo.

JOSÉ MARÍA ESTEVAN.

ESPLIN

En medio de mis dudas y quimeras
apareces tan llena de hermosura,
que sería feliz si me quisieras,
y juzgara el dolor una locura.

Perdónenme los sabios un momento
y perdonen los libros un instante;
hay que dar lo que es suyo al sentimiento,
y no siempre la ciencia es la triunfante
de nuestro entumecido pensamiento.

Lejos de mí los libros que presentan
las verdades desnudas,
y con sus frías páginas aumentan
de mi razón las infinitas dudas.

¡No quiero saber más! Lo necesario
la ciencia me enseñó, y aunque es muy poco,
he sabido que soy un pobre loco
que sufre con paciencia su calvario.

Sabiendo—que no sé—cantar amores,
te dijera en sublime poesía,
que son tus negros ojos, seductores:
tu voz, una cascada de armonía;
que deseo aspirar de tus cabellos
la esencia perfumada,
y no ver otra luz que los destellos
de tu hermosa y magnética mirada;
que tus suaves contornos me adormecen,
que tu esveltez de garza me provoca,
que mis sensuales labios apetece
los besos que palpitan en tu boca,
y que anhelo gustar por un momento
la oleada gentil del entusiasmo,
y olvidar que á mi frío pensamiento
se enrosca la serpiente del sarcasmo.

Pero, no... son ensueños del delirio